

**ORDEN GLOBAL Y REESTRUCTURACIÓN LOCAL: ALGODÓN Y SOJA EN EL NORDESTE ARGENTINO - PROVINCIAS DE CHACO Y FORMOSA - (1990-2012)****Sebastián Gómez Lende**

Doctor en Geografía

Investigador Asistente del CONICET/UNCPBA, Argentina

[gomezlende@yahoo.com.ar](mailto:gomezlende@yahoo.com.ar)**ORDEM GLOBAL E REESTRUTURAÇÃO LOCAL: ALGODÃO E SOJA NO NORDESTE ARGENTINO - PROVINCIAS DE CHACO E FORMOSA (1990-2012)****RESUMO**

Ordem global é, no período contemporâneo, sinônimo de racionalidade; todo o que se opõe a ele, ou não é permeável a seus desígnios, é sindicado como irracional e, portanto, devem não-moderno, letárgico. No entanto, entre as situações racionais 'puras' -que obedecem cegamente à lógica verticalizada do mercado mundial e o grande capital-, e as situações 'irracionais' -absolutamente refractárias às exigências da ordem global-, existe um variado e complexo leque de casos intermediários; nesse conjunto de agentes sociais, sectores económicos e espaços, a razão global e a razão local misturam-se, para configurar híbridos definidos em virtude de sua desigual adaptação ou reestruturação respeito dos ditados da lógica hegemónica. O propósito deste trabalho consiste em estudar o processo de reordenação do circuito do algodão no nordeste argentino (províncias de Chaco e Formosa) durante o período 1990-2012, ante o auge do sistema de poder neoliberal, a penetração, no médio rural, do paradigma da agricultura científica globalizada e a irrupción da soja transgênica, num marco de crise estrutural (quase terminal) do setor.

**Palavras-chave:** Ordem global e reestruturação local. Algodão e soja transgênica. Nordeste da Argentina.

**GLOBAL ORDER AND LOCAL RESTRUCTURING: COTTON AND SOYBEANS IN NORTHEAST ARGENTINA - PROVINCES OF CHACO AND FORMOSA - (1990-2012)****ABSTRACT**

Global order is, in the contemporary period, synonymous with rationality; all that is opposed to it, or not permeable to their designs, is accused of being irrational and, therefore, becomes non-modern, lethargic. However, between the rational situations 'pure' -blindly obeying the logic vertically integrated world market and great capital-, and situations 'irrational' -absolutely refractory to the global order demands-, there is a varied and complex range of intermediate cases; in that set of social agents, economic sectors and areas, the global rationality and the local rationality give form to hybrids defined by its uneven adaptation or restructuring on about the hegemonic logic dictates. The purpose of this paper is to study the reorganization's cotton circuit in northeastern of Argentina (Chaco and Formosa counties) since 1990 to 2012, at the rise of neoliberalism, the penetration of global scientific agriculture's paradigm in rural areas and the emergence of transgenic soy, in a context of sector's structural crisis (almost terminal).

**Key words:** Global order and local restructuring. Cotton and transgenic soy. Northeastern of Argentina.

Recebido em 18/07/2013

Aprovado para publicação em 28/01/2014

## 1. INTRODUCCIÓN

Orden global es, en el período contemporáneo, sinónimo de racionalidad; todo lo que se opone a él, o no es permeable a sus designios, es sindicado como irracional y, por ende, deviene no-moderno, letárgico. Sin embargo, entre las situaciones racionales 'puras' -que obedecen ciegamente a la lógica verticalizada del mercado mundial y el gran capital-, y las situaciones 'irracionales' -absolutamente refractarias a las exigencias del orden global-, existe un variado y complejo abanico de casos intermedios; en ese conjunto de agentes sociales, sectores económicos y espacios, la razón global y la razón local se mezclan, para configurar híbridos definidos en virtud de su desigual adaptación o reestructuración respecto de los dictados de la lógica hegemónica. El propósito de este trabajo consiste en estudiar el proceso de reorganización del circuito del algodón en el noreste argentino (provincias de Chaco y Formosa) durante el período 1990-2012, ante el auge del sistema de poder neoliberal, la penetración, en el medio rural, del paradigma de la agricultura científica globalizada y la irrupción de la soja transgénica, en un marco de crisis estructural (casi terminal) del sector.

El artículo se estructura de la siguiente manera: en primer lugar, se presenta, a modo de marco teórico, una síntesis de los conceptos de espacio geográfico, racionalidad, verticalidades, horizontalidades, agricultura científica globalizada y crono-expansión de la frontera agropecuaria; en segundo término, se desarrolla una descripción de la evolución histórica del sector algodonero chaqueño y formoseño entre 1920 y 1990; a continuación, se aborda el núcleo del trabajo, esto es, la reestructuración del circuito del algodón durante el período 1990-2012, en el marco de la profunda crisis sectorial, las políticas neoliberales, la fiebre sojera y la globalización del campo; finalmente, se presentan las conclusiones del trabajo.

## 2. ESPACIO GEOGRÁFICO, ORDEN GLOBAL Y LA CUESTIÓN DE LA RACIONALIDAD: AGRICULTURA CIENTÍFICA GLOBALIZADA Y CRONO-EXPANSIÓN DE LA FRONTERA AGROPECUARIA

Síntesis de la configuración territorial y la dinámica social, el espacio geográfico es una forma-contenido expresada en un conjunto solidario, indisociable y contradictorio de sistemas de objetos y sistemas de acciones mediados por normas (SANTOS, 1996a, p. 39). Su actual estadio de evolución -el medio técnico-científico-informacional- corresponde a un período signado por la aceleración de la circulación, la consolidación de la división socio-espacial del trabajo, la especialización económica regional, la diferenciación de los lugares conforme a su productividad espacial -esto es, su capacidad de rentabilizar una producción dada- y la tensión entre globalidad y localidad (SANTOS, 1996, p. 199; 1996b, p. 133). Orden global se vuelve, en ese marco, sinónimo de racionalidad -un parámetro universal de referencia-. Su imperio se expresa a partir de las verticalidades -fuerzas o solidaridades organizacionales obedientes a una racionalidad superior, una lógica económica única ligada a la internacionalización del capital, las actividades hegemónicas, las regulaciones externas, la producción globalizada y los intereses (utilitarios y egoístas) de los actores hegemónicos- (SANTOS, 1996a, p. 207; 2000, p. 106). Otras lógicas (irracionales, desde el punto de vista dominante), incapaces de acceder a la modernidad, se plasman en las horizontalidades; nexos y solidaridades orgánicas plasmadas en temporalidades diversas y valoraciones no-hegemónicas del trabajo colectivo -apego al pasado, políticas públicas intervencionistas/redistributivas, actividades/prácticas marginales, agentes no-dominantes, pobres y excluidos, áreas menos modernizadas- se dan cita en el espacio banal para asegurar su cohesión socio-territorial, amenazada por un orden global que privilegia a ciertos sectores, lugares y agentes, y desintegra al resto del tejido nacional y local, sumiéndolo en el caos, la incoherencia y la anarquía (SANTOS, 1996a, p. 246; 2000, p. 108; SILVEIRA, 1999, p. 369).

En el campo o medio rural, los vectores de la racionalidad superior se manifiestan en el paradigma de la agricultura científica globalizada (SANTOS, 2000, p. 88-90), basado en la artificiosa 'necesidad' de mayor contenido técnico-científico-informacional (paquetes tecnológicos de simientes, agroquímicos, maquinarias y asistencia técnico-financiera)-, y en los permanentes (e impredecibles) cambios de la peculiar aptitud/posición de países y lugares en la división internacional del trabajo. Su principal rasgo es la llamada 'crono-expansión de la frontera agropecuaria', proceso que, complementario de la tradicional expansión física del área de cultivo, se caracteriza por la acumulación de técnicas e informaciones, la reestructuración de

los calendarios, la cientificación del trabajo agrícola y la aceptación de tiempos y exigencias externas siempre tendentes a obtener un aumento de la producción (SILVEIRA, 1999, p. 149). Obedeciendo a los mandatos científico-técnicos de la modernidad contemporánea, ese contenido de tiempo hegemónico puro se condensa y densifica en el territorio para, de ese modo, responder a las exigencias de racionalidad de laboratorios farmacéuticos, firmas globales de la biotecnología y la genética, empresas transnacionales de agrotóxicos y el capital financiero; los Organismos Genéticamente Modificados (OGM's) son, quizás, su expresión más acabada: so pretexto de incrementar las cosechas, ellos imponen a agentes y lugares una miríada de mecanismos de subordinación y dependencia -patentes, normas de sanidad y calidad, y sistemas técnico-organizacionales de producción, entre otros-.

Obediente a los designios de un acontecer jerárquico (SANTOS, 1996a, p. 109) -un entramado de vectores formado por órdenes e información procedentes del exterior, que tienden a racionalizar las actividades preexistentes y a hacer tabla rasa de la historia pretérita y sus herencias espaciales (SILVEIRA, 1999, p. 401)-, emerge un espacio de flujos que se imprime en el medio rural para rediseñar su acontecer homólogo (SANTOS, 1996a, p. 109) -entendido tanto como el trabajo colectivo realizado en un marco de contigüidad territorial y cohesión social, cuanto la resistencia a los cambios que el orden global impone, y que amenazan la continuidad de las funciones de la división territorial del trabajo- (SILVEIRA, 1999, p. 381 y 386). Originada en esa tensión entre los viejos cinturones (*belts*) y los nuevos frentes (*fronts*) -es decir, entre las herencias y cristalizaciones maduras de una división territorial del trabajo anterior, y las nuevas áreas de expansión agrícola que, nacidas de los modernos procesos de valorización del espacio, ya nacen tecnificados, cientificados e informacionalizados, expulsando a determinados cultivos hacia zonas no utilizadas o marginales- (SANTOS y SILVEIRA, 2001, p. 119), surge la distinción entre espacios luminosos -*locus* de los eventos del nuevo orden que, al configurarse como más aptos para atraer actividades con mayor contenido en capital, tecnología y organización (y más susceptibles de participar de las regularidades y las lógicas obedientes a los intereses de las grandes empresas), constituyen islas competitivas orientadas a la exportación<sup>2</sup> y espacios letárgicos u opacos -donde imperan estructuras venidas del pasado, que tienden a reproducir el todo tal como era en la fase precedente (una división territorial del trabajo pretérita), y donde la modernidad actual permanece misteriosa (se conoce más su nombre que su existencia concreta, pues el lugar no ha sido escogido por los nexos organizacionales, y los nexos orgánicos locales ya no cuentan con el apoyo estatal)-. Si en el primer caso el espacio se torna más 'racional' -más apto para producir lo que tiene valor en ese momento, adoptando mayor cantidad de datos del período actual-, en el segundo caso deviene 'irracional', repulsivo a la modernización (SANTOS, 1982, p. 54; SANTOS y SILVEIRA, 2001, p. 264; SILVEIRA, 1999, p. 414, 418 y 443-444; 2008, p. 11).

No obstante, la 'ruralidad globalizada' no se verifica sólo en actividades que merecerían el calificativo de 'racionales puras', sino también en algunas funciones periféricas, marginales o 'irracionales' a escala nacional pero emblemáticas a nivel regional, donde convergen rasgos modernos y obsoletos, de auge y decadencia, determinados por la globalización parcial de la actividad y/o su situación de crisis estructural, y derivados de las solidaridades entabladas entre numerosos factores externos e internos -coexistencia de agentes/formas de producción capitalistas y pre-capitalistas, repetidos, dramáticos e incompletos episodios de reestructuración (por lo general vinculados con la concentración de la tierra, la producción y la comercialización, el debilitamiento del campesinado y los pequeños/medianos productores, y el mayor nivel de extranjerización/integración vertical de los circuitos productivos -vía propiedad (autoabastecimiento de materia prima) y/o agricultura bajo contrato)-, cotizaciones, políticas de comercio internacional, contingencias climáticas, etc-. Si la soja transgénica revelaría, en principio, la presencia 'pura' del orden global en el territorio, el circuito algodonero desarrollado en el norte del país -especialmente en las provincias de Chaco y Formosa- daría cuenta de los matices de esa hibridación entre racionalidad e irracionalidad.

<sup>2</sup> Silveira (1999, p. 416-417) distingue entre dos clases de luminosidad: la luminosidad primaria, donde se concentran las instancias de control en el comando del territorio (los espacios del mandar a nivel nacional); y la luminosidad secundaria, compuesta de islas competitivas orientadas a la exportación, estratégicas en la expansión de la modernidad, y tele-organizadas (comandadas desde puntos lejanos). En este trabajo, cuando se utilice el concepto de 'área luminosa', será relativo al segundo tipo (luminosidad secundaria).

### 3. ORIGEN Y DESARROLLO HISTÓRICO DEL CIRCUITO ALGODONERO EN EL NORDESTE ARGENTINO (1920-1990)

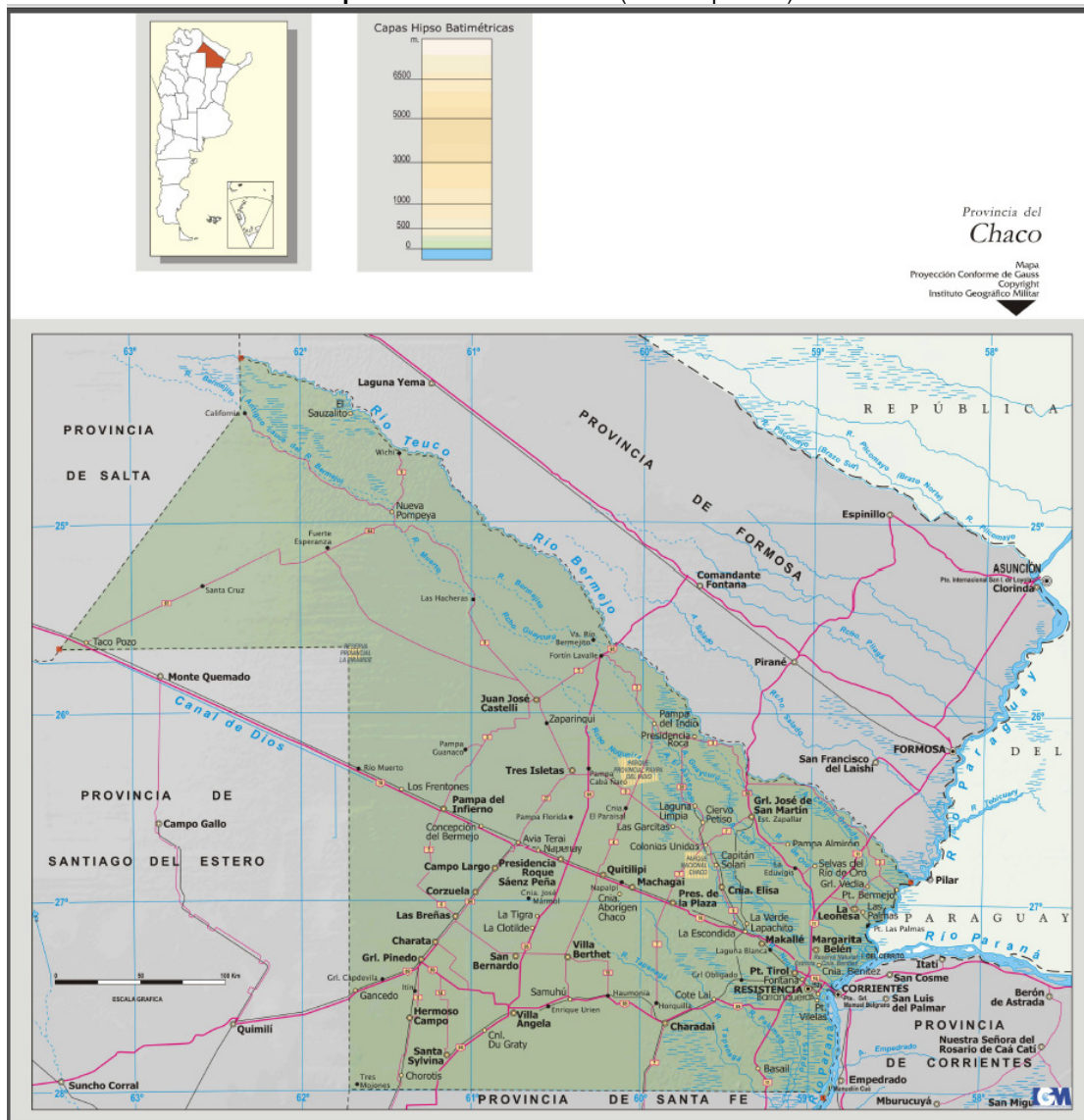
Surgido en el actual territorio argentino a partir de la llegada de los conquistadores españoles, el cultivo de algodón se desarrolló prósperamente durante los siglos XVI y XVII en las provincias de Salta y Tucumán, cuyos tejidos artesanales de paño satisficieron el consumo de la economía minera de Potosí. No obstante, la actividad paulatinamente migró hacia el noreste -Corrientes, norte santafesino y, sobre todo, Chaco (comprendida entre los paralelos 24° y 28° S y entre los meridianos 58 y 63° O, limitando al este con Paraguay y la provincia de Corrientes, al sur con la provincia de Santa Fe, y al oeste con la provincia de Santiago del Estero) y Formosa (comprendida entre los paralelos 26° y 22° 30' S y entre los meridianos 57° 30' y 62° 25' O, limitando al norte y este con Paraguay, al oeste con la provincia de Salta y al sur con la provincia del Chaco)- (Mapas 1, 2 y 3).

**Mapa 1. República Argentina (mapa político)**



Fuente: IGM (Instituto Geográfico Militar).

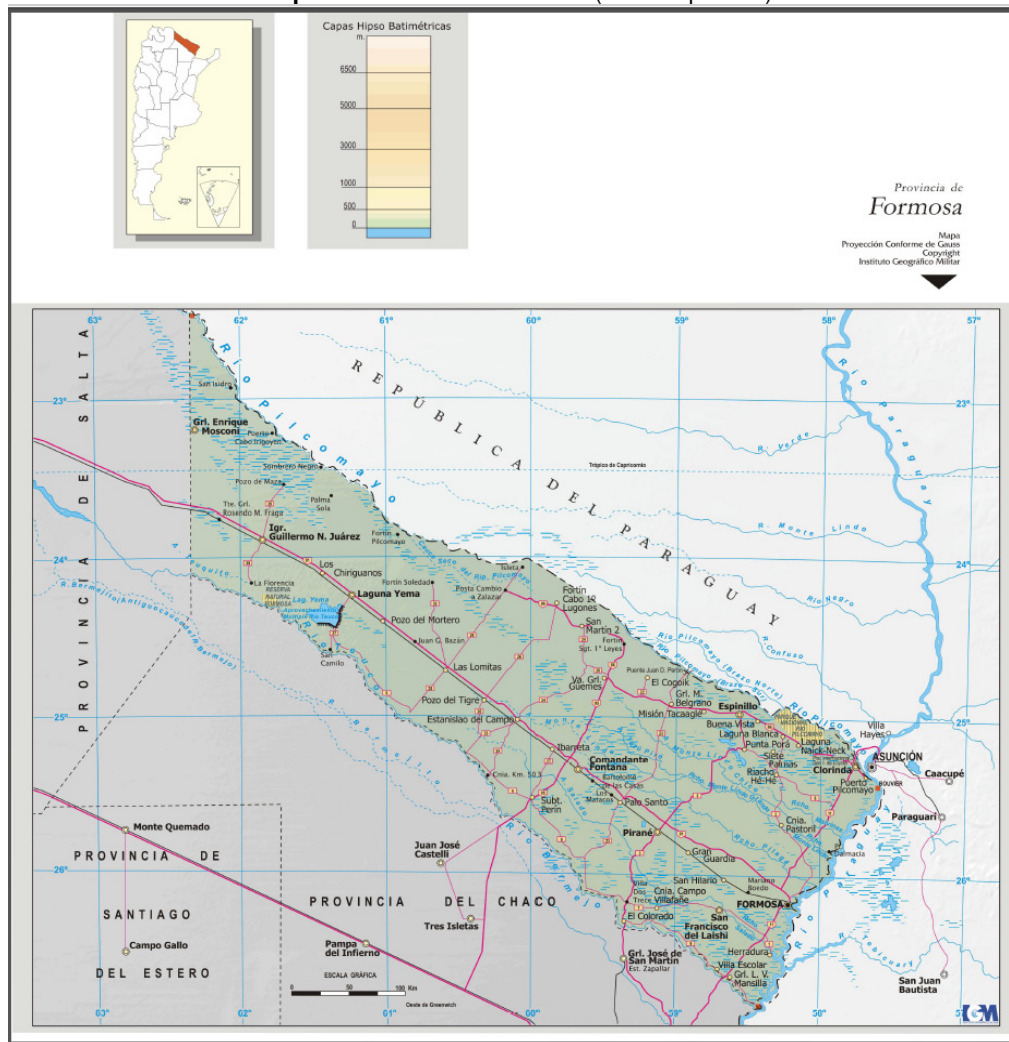
**Mapa 2.** Provincia del Chaco (división política)



Fuente: IGM (Instituto Geográfico Militar).

Si bien las iniciativas públicas para su propagación en Chaco y Formosa datan de 1904 -distribución gratuita de la semilla y folletos explicativos- (BRUNIARD, 1976, p. 63), diversos factores, como la venta entre 1860 y 1913 de vastas fracciones de tierras fiscales -2.670.000 has- que integraron la llamada 'corona de latifundios', ligada a la explotación del quebracho colorado para la obtención de tanino, la tardía colonización estatal -que comenzó recién en 1907- (VALENZUELA, 2000, p. 151), la preferencia de la industria textil inglesa por el algodón cultivado en el sur estadounidense (SLUTZKY, 2011, p. 32), y la escasez de fuerza laboral -en su mayor parte constituida por jornaleros abocados a la explotación forestal-taninera (BRUNIARD, 1976, p. 63)-, determinaron que su desarrollo fuera escaso hasta 1920. A partir de esa década, las campañas de promoción del cultivo, el avance colonizador estatal -que se extendió hasta mediados del Siglo XX-, la Primera Guerra Mundial, las consecuentes migraciones europeas de ultramar, la ocupación total de las áreas agropecuarias en la pampa húmeda -que obligaron a los inmigrantes a insertarse allí como arrendatarios o bien a establecerse como colonos en el noreste-, la cesión a bajo precio de la tierra fiscal provincial, el tendido de la red ferroviaria, el aumento internacional de los precios - en principio, por la guerra, y luego, gracias a la caída de la producción norteamericana-, la existencia de fuerza de trabajo forestal intermitentemente desocupada y la explotación de población aborigen para la cosecha -a menudo disputada a la zafra azucarera tucumana- conspiraron para infundir bríos a la expansión algodonera en Chaco y Formosa.

**Mapa 3.** Provincia de Formosa (división política)



Fuente: IGM (Instituto Geográfico Militar).

Si bien Argentina se incorporó como exportadora de algodón cuando los mercados internacionales estaban ya estructurados, hasta 1930 remesó al exterior el 80% de su producción de fibra: la escasa participación relativa de la industria textil nacional obedecía a la libre importación de tejidos y a políticas impositivas que gravaban más la importación de maquinaria que la del producto terminado. Firmas como Bunge & Born, Louis Dreyfus y Adam Clayton controlaban el mercado en condiciones oligopólicas, pues la oferta atomizada de materia prima, la escasez de capital de las industrias locales y su propio poder financiero les permitían regular la etapa de desmote y manipular a su antojo las cotizaciones, rubricando contratos de exclusividad con las desmotadoras -éstas no podían procesar su propio algodón ni el de terceros, debiendo aceptar el pago de precios arbitrarios, absolutamente disociados de las cotizaciones internacionales de fibra-, y obligando al colono, por ende, a vender siempre su producción en bruto (SLUTZKY, 2011, p. 49). No obstante, el algodón -con una rentabilidad que triplicaba a la del maíz, el girasol y el sorgo- se constituyó en el elemento organizador por excelencia del espacio local, asegurando la presencia de población estable en el medio rural -Chaco pasó de tener 60.500 habitantes en 1920 a 314.000 habitantes en 1934-, configurando un paisaje agrario peculiar, y ejerciendo -a partir de entonces, y durante varias décadas- un efecto decisivo sobre los usos agropecuarios del territorio chaqueño (VALENZUELA, MARI y SCAVO, 2011, p. 121). En Formosa, por su parte, el algodón prosperó junto a cultivos de subsistencia, como el maíz, la mandioca y las hortalizas, entre otros.

Obstando su efecto de depresión generalizada sobre la economía argentina, la crisis de 1929 afianzó paradójicamente al algodón en el noreste argentino: los precios de la fibra

disminuyeron a raíz de la contracción del comercio internacional, pero esta caída no fue tan pronunciada y prolongada como la sufrida por el trigo, el maíz y el lino; concomitantemente, el encarecimiento de los productos importados y las políticas fiscales/comerciales tendientes a facilitar la importación de maquinaria textil e impedir el ingreso de hilados y tejidos permitieron el rápido desarrollo de la industria textil emplazada en el Gran Buenos Aires, lo cual aseguró, hasta 1958, un mercado en expansión para el algodón. Se inició entonces la etapa del llamado 'oro blanco', ciclo de auge que se prolongó incluso hasta después de la Segunda Guerra Mundial: la valorización y concentración de la tierra, la imposición de un sistema de precios independiente de las cotizaciones internacionales -subordinado a la dinámica de la demanda doméstica y la intervención reguladora del Estado nacional- (ROFMAN, 1999, p. 109), y las políticas de redistribución del ingreso favorables a los asalariados -que, al aumentar su poder adquisitivo, incentivaron el consumo de bienes textiles-, alentaron el monocultivo, poniendo así fin al esquema de diversificación agrícola preexistente -el área algodonera se amplía, pasando de 300.000 has en 1945 a 450.000 has en 1960, en tanto que la superficie plantada con girasol y maíz disminuye sensiblemente-; el fin de la rotación de cultivos, junto al rápido agotamiento del suelo que provoca el algodón, implicó consecuencias desfavorables a mediano plazo para el productor -erosión, descenso de los rendimientos-. Concentrado en el centro y sudoeste de Chaco, el algodón se expandió en Formosa, a raíz de la proliferación de minifundios explotados por inmigrantes europeos y paraguayos, primero en los departamentos de Pirané y Patiño, y luego en los de Pilcomayo, Pilagás y Laishi; allí, solidaridades tejidas entre el desarrollo de una red de circulación vial y la instalación de desmotadoras oficiales -que pagaban mejor precio que las privadas- determinaron que la participación relativa de Formosa sobre la superficie algodonera aumentara sustancialmente -5,8% en el quinquenio 1936-40, y 10,0% durante el quinquenio 1956-60- (SLUTZKY, 2011, p. 131).

Organismos burocráticos y entes reguladores surgieron, por iniciativa estatal, para fiscalizar la producción algodonera y, sobre todo, el intercambio comercial, coadyuvando también a la modernización agrícola -difusión de nuevas semillas, control de plagas, prácticas de cultivo- y al mejoramiento de la posición de negociación del productor en el mercado -vía el incentivo al desmote individual-. Si bien la Junta Nacional del Algodón y la Dirección de Algodón -creadas en 1935 y 1944, respectivamente- no reemplazaron a las grandes compañías acopiadoras de fibra ni llegaron a monopolizar la comercialización, rompieron con el mercado oligopsónico hasta entonces imperante, favoreciendo la rentabilidad del productor primario.

Orientada a evitar prácticas especulativas -en épocas de cosecha abundante, los hilanderos solían no comprar, a la espera de la caída del precio-, la Dirección del Algodón intervenía en el mercado cuando las cotizaciones mermaban, a menudo contribuyendo al alza de aquellas vía el pago de sobre-precios: adquiría el mejor algodón para revenderlo a la industria, y compraba también la materia prima de baja calidad para remesarla al mercado internacional; a diferencia de los acopiadores y las hilanderías, pagaba a plazos muy breves -hasta 60 días-. El papel interventor y regulador desempeñado por el Estado nacional en el circuito algodonero fomentó, gracias a créditos subsidiados otorgados a la primera etapa de transformación industrial, el rápido desarrollo de las cooperativas (ROFMAN, 2000, p. 130), que durante el período 1950-55 pasaron a desmotar la mitad de la producción, beneficiando enormemente a sus asociados, asistiéndolos para mejorar la calidad de su producción y pagándoles -por la fibra y la semilla- precios que, aún en épocas de crisis, rebasaban a los de los acopiadores y las desmotadoras privadas. Organizado para funcionar eficazmente con el respaldo de la banca pública -que financiaba el tiempo de espera entre la recepción de la cosecha enviada por el productor y la comercialización de la fibra obtenida por las desmotadoras no-privadas-, el sector cooperativo se constituía en un factor de regulación del precio de la materia prima y la fibra industrializada, defendiendo la producción de sus asociados en el mercado (ROFMAN, 2000, p. 130). Otro actor social, paralelamente, surgía en el circuito: el 'bolichero', propietario de almacén de ramos generales que obraba de nexo entre el productor y el desmote privado, proveyendo al primero de insumos para la siembra y de bienes para la subsistencia a cuenta de la cosecha, y luego vendiendo ésta al segundo, que también recibía el algodón de los medianos y grandes productores no cooperativizados.

No obstante, el ciclo de bonanza del algodón en el nordeste argentino llegó a su fin en la década de 1960. Cuando la producción nacional alcanzó los niveles del consumo de fibra de la

industria textil nacional -110.000 tn/año-, surgieron desequilibrios entre oferta y demanda que redujeron considerablemente los precios, generando una profunda crisis de sobreproducción (VALENZUELA y SCAVO, 2011, p. 99; VALENZUELA, MARI y SCAVO, 2011, p. 124), determinada por la competencia de las fibras sintéticas derivadas del petróleo -nylon, poliéster, etc-, la saturación del mercado interno y un sobredimensionado *stock* de arrastre (BRUNIARD, 1976, p. 68); la virtual desaparición de saldos exportables y la retracción del mercado doméstico -a raíz de la caída del consumo de productos textiles baratos confeccionados con algodón nacional y el aumento de la demanda de ropas y tejidos elaborados con algodón importado (fibra larga) e hilado artificial- generó una oferta crónicamente excedentaria -en cada campaña, superaba en un 30/40% a la demanda efectiva-: así pues, el área sembrada en Chaco disminuyó -pasó de 391.000 has en 1965 a 254.000 has en 1967-, pero se mantuvo estacionaria en Formosa, donde la matriz agrícola se diversificó gracias a la incorporación de nuevos cultivos intensivos en capital y fuerza laboral, como el banano (SLUTZKY, 2011, p. 136). Según este autor, la rentabilidad algodонера se desplomó: el incremento de los rendimientos, los costos de producción y los *stocks* acumulados repercutieron negativamente sobre los precios reales; paralelamente, el número de desmotadoras disminuyó -de 129 a 78-, el nivel de concentración industrial aumentó y la participación de las cooperativas se redujo. Otra cuestión atañe a la escasez de fuerza de trabajo para la cosecha, derivada de la reorientación de los flujos migratorios 'golondrina' correntinos, santiagueños y paraguayos hacia el litoral, y de la merma de la fuerza laboral chaqueña -la provincia se tornó expulsora de población-; gracias a la inmigración paraguaya, Formosa, en cambio, no padeció esta problemática (SLUTZKY, 2011, p. 141).

Obstando este complejo escenario, el cultivo de algodón fue reforzado y justificado como práctica agrícola; siempre las rachas de éxito disiparon los efectos de las crisis precedentes (VALENZUELA Y SCAVO, 2011, p. 99). Los ciclos de auge y decadencia comenzaron a sucederse con cada vez mayor frecuencia: entre 1970 y 1975, la baja rentabilidad del algodón chaqueño condujo -pese al apoyo indirecto del Estado provincial- a su reemplazo por el maíz y el sorgo, conservando una superficie casi siempre inferior a las 300.000 has; entre 1976 y 1980, la favorable coyuntura internacional implicó que su área ascendiera a 400.000 has, para luego -frente a la caída de los precios y el aumento de los costos de producción- desplomarse -dejando paso al girasol y al sorgo- hasta alcanzar en 1986 su mínimo histórico -150.200 has- (VALENZUELA y SCAVO, 2011, p. 99; ARGENTINA, 2013). El sector algodnero se sumió en una de sus más graves crisis cíclicas: la rápida disminución de las cotizaciones de las bolsas de Nueva York y Londres, la masiva irrupción en el mercado mundial de los materiales sintéticos, el recrudescimiento de la competencia internacional -la producción china, las exportaciones australianas, norteamericanas y europeas, los subsidios estadounidenses<sup>3</sup>-, la agudización de la concentración empresarial (ROFMAN, 2000, p. 176), las recurrentes crecidas extraordinarias del río Paraguay -en 1981, se produjo una importante inundación, que implicó la pérdida de buena parte de la producción (VALENZUELA, 2000, p. 154)- y los Regímenes de Promoción Industrial y otros estímulos fiscales -que alentaron la radicación de hilanderías y empresas textiles en Catamarca, La Rioja, San Luis, San Juan y Corrientes- provocaron la retracción del área sembrada, el cierre de desmotadoras, hilanderías y aceiteras, y la emigración de numerosas firmas textiles (CARLINO, 2004). Se amplió la brecha entre los pequeños productores -que se aferraron al algodón por tradición y seguridad respecto de la subsistencia de la unidad familiar- y los grandes propietarios -que comenzaron a rotar ese cultivo con oleaginosas-. Si bien el sector cooperativo resurgió, acaparando, en los años setenta y ochenta, el 45%/55% del desmote, la importancia de las pequeñas explotaciones disminuyó -en 1960 representaban el 80,2% de los productores y el 20,8% del área, y en 1988, el 55,9% y el 8,8%, respectivamente- (VALENZUELA, 2009, p. 4). El aumento de los costos financieros agudizó la crisis: la ausencia de crédito implicaba la imposibilidad de financiar el ciclo agrícola; el acceso a aquél, determinaba una elevada certeza de quebranto para el productor (MANZANAL y ROFMAN, 1989, p. 83).

<sup>3</sup> Exceptuando a Argentina, Australia, Brasil, Israel, México y Estados Unidos, los gobiernos suelen fijar el precio del algodón en bruto para evitar abusos por parte de los intermediarios: en Turquía, el principal canal de comercialización son las cooperativas; en Pakistán, el Estado compra directamente la cosecha, estableciendo un precio-sostén; en India, el precio es fijado por decisión gubernamental. Estados Unidos otorga subsidios explícitos a sus productores, y los resarce con recursos públicos cuando el precio de la fibra se encuentra por debajo del ingreso necesario para cancelar los créditos contraídos para la campaña agrícola (ROFMAN, 2000, p. 176).



#### 4. ORDEN GLOBAL, REESTRUCTURACIÓN LOCAL: ALGODÓN Y SOJA EN CHACO Y FORMOSA (1990-2012)

Oriunda de los centros de poder del capitalismo, la ideología neoliberal acentuó -de la mano del Consenso de Washington- la crisis de los Estados nacionales latinoamericanos, y marcó, a partir de la última década del Siglo XX, un punto de inflexión o ruptura en Argentina. Si en el espacio conviven una métrica mercantil y una métrica burocrática (GUILLAUME, 1975, p. 54) - una razón global y una razón local (SANTOS, 1996a, p. 246)-, la esencia del neoliberalismo - empeñada en presentar al mercado mundial y a la gestión privada como "panaceas", renovar el mito de la 'mano invisible', condenar la intervención gubernamental en la economía doméstica e instaurar la fábula de la 'desregulación'- apuntaría a privilegiar a la primera -sembrando heterogeneidades y segmentaciones cada vez más numerosas y profundas-, deformando y subordinando a la segunda; el Estado pasó a brindar protección pública a los ricos y someter a los pobres a la disciplina del mercado (BORÓN, 1997, p. 12), implementando un ajuste estructural basado en la liberalización de las tasas de interés, la apertura comercial y financiera, la estabilización y anclaje nominal del tipo de cambio, la 'desregulación' del mercado interno, la enajenación de los monopolios estatales productores de bienes y servicios (ventas de activos, concesiones, licencias, etc)-, la rúbrica de Tratados Bilaterales de Promoción y Protección de Inversiones Extranjeras (TBI) con Europa y Estados Unidos, la reestructuración del aparato productivo doméstico, y el otorgamiento al capital de absoluta potestad sobre la producción, la circulación, el consumo, la fuerza de trabajo, los precios, los salarios y los calendarios productivos/laborales. Los nuevos usos del territorio -la exportación de cereales y oleaginosas (especialmente soja), metales preciosos (oro, plata, cobre, etc), hidrocarburos (petróleo y gas) y automóviles- se erigieron en funciones de enclave de la división del trabajo ligadas a una producción innecesaria (MARX, 1980, p. 254) y a una circulación también innecesaria (SANTOS y SILVEIRA, 2001, p. 297-298), con onerosos costos socio-ambientales para la sociedad nacional y local.

Sometido, como ningún otro, a los vaivenes del mercado mundial, el sector agropecuario incorporó con brío un *know-how* homogéneo y globalizado (SILVEIRA, 1999, p. 109), consagrado gracias a la convergencia de distintos factores externos -crisis fitosanitaria mundial de la ganadería, escalada de las cotizaciones internacionales de las oleaginosas, aumento sostenido de la demanda mundial de proteínas vegetales, intereses de las firmas globales ligadas a la biotecnología y los agrotóxicos, etc- e internos -supresión de precios mínimos y máximos, eliminación de los cupos de siembra, cosecha y comercialización, enajenación de la colección de germoplasma del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), desmantelamiento de la inmensa mayoría de los entes burocráticos que regulaban la actividad agropecuaria, profundización de la integración vertical de los circuitos productivos, mayor difusión de la agricultura bajo contrato, penetración del 'supermercado', concentración de tierras y producción, reorientación del 90% de la producción hacia la exportación, cese de la intervención estatal para mitigar las fluctuaciones de los precios internacionales, surgimiento y expansión de fondos de inversión y *pools* de siembra, difusión de la 'agricultura de precisión' (Organismos Genéticamente Modificados -OGM's-, siembra directa, herbicidas de acción global, cosecha mecanizada, informatización/cientificación del trabajo agropecuario, etc)-. Quedando sometido, pues, a la llegada masiva de los datos del acontecer jerárquico, el campo argentino experimentó una radical verticalización y racionalización de su cotidiano.

Si bien Argentina fue, entre 1986 y 1996, el país que más expandió su área algodonera a nivel mundial, la verdadera época reciente de bonanza para ese cultivo se circunscribió al trienio 1994-1996, cuando el precio internacional, al aumentar un 71% respecto de 1992 (ROFMAN, 2000, p. 165), afianzó a las grandes/medianas explotaciones, y alentó a los pequeños productores -superficie promedio de 150 has- del centro chaqueño a abandonar sus tierras - casi agotadas por el monocultivo- y trasladarse a la frontera chaco-santiagueña, asociándose para arrendar campos otrora ganaderos/forestales de hasta 1.000 has y reconvertirlos al algodón; paralelamente, el parque industrial textil de la provincia se expandió, gracias a la llegada de las nuevas desmotadoras privadas (VALENZUELA, 2000, p. 158; 2009, p. 5). Como resultado, la superficie algodonera chaqueña aumentó un 90,6% entre 1988 y 1997, permitiendo, en ese último año, la obtención de la mayor cosecha de la historia -622.700 tn-. La euforia algodonera, aunada a los buenos pronósticos vislumbrados para el sector, estimuló la

toma de créditos por parte de los pequeños y medianos productores con el Banco de la Nación Argentina, acreedores privados, proveedores de insumos y acopiadores (VALENZUELA, MARI y SCAVO, 2011, p. 127). Sin embargo, las inundaciones -ligadas al fenómeno 'El Niño'- acaecidas entre septiembre de 1997 y abril de 1998 generaron un contexto adverso, afectando al 40% de la superficie y al 35% de la producción, reduciendo los rendimientos -de 1.500 a 700 kg/ha- y la calidad de la fibra, y dejando inoperante a más del 50% del parque industrial textil chaqueño: la crítica situación de miles de productores que habían pactado pagos a cosecha futura condujo a la declaración oficial de Emergencia y Desastre Agropecuario (VALENZUELA, 2000, p. 155). La caída de las cotizaciones internacionales, la 'desregulación' estatal del mercado, el creciente auge de las fibras sintéticas -derivado del desplome del precio del petróleo- y la crisis de la industria textil doméstica contribuyeron a su vez a forjar el colapso estructural del circuito algodónero que, de ese modo, pasó paulatinamente a convertirse en una actividad relativamente letárgica.

El Estado nacional había ya desmantelado los entes regulatorios que controlaban la actividad agropecuaria, dejando de intervenir en la fijación de precios mínimos o en su determinación indirecta, y absteniéndose de precisar pautas de comercialización (VALENZUELA y SCAVO, 2011, p. 99). Como resultado de esa mercantilización de la métrica burocrática, el algodón argentino quedó expuesto sin ambages a las impredecibles oscilaciones del mercado mundial y, sobre todo, a la desfavorable competencia que le representan las plantaciones neo-coloniales africanas, los muy deprimidos salarios chinos y el proteccionismo de Estados Unidos, Turquía, Pakistán e India (SLUTZKY, 2011, p. 264). La apertura importadora, a su vez, hizo estragos en la industria textil argentina: entre 1989 y 1995, el número de firmas se redujo un 25% y la participación del algodón en los tejidos descendió, entre 1990 y 1995, del 65,4% al 59,8% (ROFMAN, 2000, p. 166); concomitantemente, la cada vez mayor incorporación de fibras sintéticas, la distribución regresiva del ingreso y la disminución del poder adquisitivo de la población determinaron la caída del consumo algodónero per cápita de 5,5 kg (1965) a 3,0 kg (1999) (SLUTZKY, 2011, p. 263).

Solidaridades tejidas entre los factores hasta ahora enumerados -añadidas a la plaga de picudo del algodónero y a la marcada y abrupta disminución del precio internacional- implicaron la ostensible reducción de la superficie sembrada en el noreste argentino: en Formosa, el área algodónera pasó de 55.000 has en 1996 a 7.000 has en 1999 (-87,3%); en Chaco, se desmoronó desde las 712.000 has verificadas en 1998 a las apenas 85.000 has registradas en 2003 (-88,1%), razón por la cual su participación relativa en la superficie sembrada con ese cultivo a escala nacional se redujo del 62,8% al 53,7% (ARGENTINA, 2013).

No es extraño, pues, que el acontecer homólogo estructurado en derredor de esa función agrícola haya comenzado a diluirse rápidamente: en Chaco, el 50% de las desmotadoras y el 70% de las aceiterías fueron cerradas, 1.957 explotaciones desaparecieron, y gran parte del parque de cosechadoras quedó inactivo -de 1.000 unidades, quedaban sólo 700, de las cuales apenas 140 se hallaban en condiciones operativas óptimas-; esto, junto al ahogo financiero y posterior embargamiento (de tierra y herramientas) de 1.600 pequeños y medianos productores -con chacras de 25 a 200 has-, generó una crisis casi terminal del sector (VALENZUELA, 2009, p. 4; VALENZUELA y SCAVO, 2009, p. 416; 2011, p. 100; VALENZUELA, MARI y SCAVO, 2011, p. 131), la cual alcanzó también a otras áreas algodóneras: entre 1990 y 2003, el área implantada se redujo un 83,0% en Santa Fe -de 50.000 has a 8.500 has-, un 54,7% en Corrientes -de 9.600 has a 4.349 has- y un 81,0% en Córdoba -de 5.000 has a 950 has- (Argentina, 2013). Incluso en los llamados 'oasis del noroeste argentino', donde el cultivo de algodón bajo riego había prosperado a mediados de los años noventa gracias a los programas de diferimiento impositivo que fomentaron la llegada de inversiones de grupos económicos vernáculos y firmas extranjeras -Eurnekián, Ritex, Alpagatas, Grafa, Karatex, Tipoi y Kayne- (GÓMEZLENDE, 2012, p. 98), la superficie sufrió un sustancial retroceso -88,6% en Catamarca (3500 has en 1990, 400 has en 2003) y 97,8% en Salta (45.000 has en 1998, 1.000 has en 2003)- (ARGENTINA, 2013). Otra vez cuarto exportador mundial de algodón, nuestro país se vio obligado a importar en 2003 fibra brasileña y norteamericana para satisfacer el consumo interno.

El colapso del sector algodónero nacional y provincial fue concomitante, ciertamente, respecto del denominado '*boom* de la soja transgénica' -siendo, asimismo, agravado por aquél-. La empresa norteamericana Monsanto introdujo y difundió rápidamente en Argentina la soja RR -resistente al herbicida glifosato de amonio-, en principio a través del contrabando transgénico y

las plantaciones clandestinas, y a partir de 1996 mediante la controvertida aprobación gubernamental de una patente jurídicamente ilegítima. Solidaridades tejidas entre la crisis sanitaria de la ganadería, el aumento de la demanda mundial de proteínas vegetales, la constante escalada del precio internacional de la soja -U\$S 72/tn en 1997, U\$S 537/tn en 2010-, el paradigma de la siembra directa y la 'agricultura de precisión', la aparición del llamado 'silobolsa' -que permite a los productores especular con la conservación del grano post-cosecha- y el cambio del régimen de lluvias -que convirtió a tierras otrora marginales para la agricultura de exportación en suelos aptos para el avance sojero-, determinaron que ese cultivo pasara a representar el 54% del área sembrada en todo el país, el 50% de su producción de granos y el 24,4% de sus exportaciones, convirtiendo a Argentina en el tercer productor mundial, después de Estados Unidos y Brasil; su superficie, que en 1990 sumaba 4.966.600 has, alcanzaba en 2012 las 18.670.937 has (ARGENTINA, 2013), evidenciando así un crecimiento relativo del 275,9% en ese lapso, y del 174,8% respecto de 1997. Obediente a los intereses de las firmas globales de la biotecnología y los agroquímicos, las semilleras transnacionales, grandes productores y agroindustrias, y el Estado nacional, la soja transgénica se erigió desde entonces en el vector de una racionalidad superior -un uso hegemónico del territorio-, hito por excelencia del imperio del orden global en el campo.

Siguiendo a Silveira (1999, p. 147), el territorio es, en el período actual, constantemente reutilizado por lógicas que, procurando apagar los vestigios del pasado, pretenden reescribir las formas y contenidos del espacio con las letras de la historia del presente; para que la razón global se imprima en el lugar, la difusión de objetos modernos y acciones hegemónicas requiere realizarse a costa de la longevidad de funciones propias de otros tiempos -irracionales-. La crisis algodonera chaqueña fue, en efecto, propicia al auge sojero, y se agudizó a raíz del *boom* oleaginoso. Si en 1997 la soja RR reunía sólo 130.000 has en esa provincia, en 2003 ya concentraba 768.000 has (ARGENTINA, 2013), exhibiendo un aumento relativo del 490,8%, con una tasa de crecimiento que, para el período 1990-2003, se situaba en el orden del 40% anual.

Obligando a una acelerada reconversión agrícola, la soja absorbió más de la mitad -1.000 unidades productivas- de las explotaciones antaño abocadas al algodón (VALENZUELA, 2004, p. 210), en tanto que el 91,2% de la expansión de la primera se concretó a expensas del segundo (GÓMEZLENDE, 2012, p. 97). Si bien la retracción de la superficie algodonera provincial fue generalizada, la caída más significativa se verificó en los departamentos de 12 de Octubre, 2 de Abril, 25 de Mayo, 9 de Julio, Almirante Brown, Chacabuco, C. Fernández, C. Fontana, F. J. Santa María de Oro, O'Higgins, Quitilipi y San Lorenzo; ellos son, justamente, los nuevos espacios de la racionalidad, es decir, los distritos más permeables a la difusión de la soja RR, ora por rebasar la media provincial de crecimiento de la oleaginosa -2 de Abril, Almirante Brown, C. Fernández, C. Fontana-, ora por dar cuenta de una porción significativa del área sojera -12 de Octubre, Almirante Brown, 9 de Julio, Chacabuco, C. Fernández, General Belgrano y O'Higgins representaban el 60,2% de la superficie implantada con esa oleaginosa-: así pues, un acontecer homólogo opaco, letárgico -irracional-, fue rápidamente metamorfoseado por vectores del acontecer jerárquico en un cotidiano rural compuesto de áreas luminosas íntimamente conectadas a las redes verticales del orden global. Otrora concentrado en los departamentos de 12 de Octubre, 2 de Abril, C. Fontana, C. Fernández, General Güemes, F. J. Santa María de Oro y O'Higgins, el grueso del área algodonera quedó sobre todo relegado a las jurisdicciones de Maipú, General Güemes y C. Fontana (Cuadros 2 y 3).

En Formosa, el arribo de la soja transgénica fue más tardío, y quizás por esa razón la reconversión resultó mucho menos aguda; esa provincia, de hecho, capitalizó parte de la retracción del área algodonera chaqueña, y así logró aumentar su participación relativa sobre la superficie implantada a nivel nacional -del 3,5% (1997) al 10,8% (2003)-. El cultivo tendió a abandonar las áreas menos rentables -Laishi, Matacos-, reforzando su concentración en los departamentos de Pirané, Pilagás, Patiño y Pilcomayo -82,5% en 1995, 88,6% en 2000, 89,5% en 2007-, donde coexiste con la soja. No obstante, cabe destacar que donde la fiebre oleaginosa no se consumó en desmedro de actividades pretéritas, lo hizo a expensas de los bosques nativos. Los sembradíos de soja se expandieron, entre 1998 y 2006, un 1.514,1% en Formosa, explicando el 42,2% del área desmontada, y a costa del 8,5% de la floresta autóctona. Chaco no era ajeno a esa lógica: las tierras ganadas por la oleaginosa representaron, en ese lapso, el 35,6% de la superficie talada, ocasionando así la pérdida del

5,7% del bosque nativo provincial; por eso, la tasa anual de desmonte de Chaco (0,57%) duplicó, entre 1998 y 2002, el promedio mundial (0,23%) (GÓMEZ LENDE, 2009, p. 45). Opera aquí el orden global, haciendo tabla rasa tanto de la historia pretérita local -prácticas agrícolas de otros tiempos- cuanto de sus herencias espaciales -el patrimonio ambiental-.

Sindicada como el caso más dramático de reestructuración de la agricultura argentina (APARICIO, 2005, p. 210), la metamorfosis sojera del Chaco aldonero obedeció -más allá de la crisis explicada previamente- a un diverso cúmulo de factores, racionalidades y solidaridades verticales. Nuevos actores arribaron, a partir de 1998, al sector agrícola chaqueño: se trata de consorcios agropecuarios -Grobocopatel, Soros (Adecoagro), Liag, Werthein (Cresud), El Tejar, Cazenave-, grandes productores de la pampa húmeda (Córdoba, Santa Fe), grupos económicos -Pérez Companc, Macri- y complejos agroindustriales -Aceitera General Deheza, MSU- que, expandiendo sus negocios -y la frontera sojera- hacia territorios otrora impensados para el cultivo oleaginoso, han adquirido o arrendado -en este último caso, bajo la figura del *pool* de siembra, donde se aglutinan también contratistas de maquinaria, bancos, compañías de seguros y Administradoras de Fondos de Jubilación y Pensión (AFJP's)- sus tierras a pequeños y medianos productores -apropiándose primero los campos cuya superficie rebasaba las 200 has, y luego de aquellos que no superaban las 100 has- para desarrollar una estrategia de acumulación cuyo principal protagonista es la soja transgénica -complementada por una diversificación que contempla la ganadería, el girasol, el maíz y, en menor medida, el algodón-, y un circuito productivo cuyo principal destino son los centros agroindustriales santafesinos y cordobeses. El quebranto generalizado de los productores aldoneros de menor envergadura y el bajo valor relativo de la tierra respecto de la pampa húmeda imprimieron fluidez al proceso: el endeudamiento de los agricultores locales condujo a éstos a ceder rápidamente sus propiedades a empresas extra-regionales, a valores por hectárea que, si bien se quintuplicaron entre 1996 y 2006 -pasaron de U\$S 100 a U\$S 500, llegando a U\$S 600 en 2010 gracias al auge sojero-, eran irrisorios comparados con los de Córdoba o Santa Fe -U\$S 3.500/12.000- (VALENZUELA, 2004, p. 212-213; ROFMAN et al, 2008, p. 112-114; SLUTZKY, 2011, p. 277). Los grandes productores, al disponer de vastas superficies, afianzaron su producción aldonera y, al mismo tiempo, se incorporaron al paradigma de la soja transgénica, o bien abandonaron directamente aquella para dedicarse por completo al monocultivo oleaginoso.

Otra cuestión concierne a los diferentes costos de producción y las respectivas rentabilidades. Si bien a partir de 2002 la devaluación del peso argentino favoreció a las exportaciones agrícolas, el algodón fue el menos beneficiado por el cambio operado en los precios relativos; su rentabilidad no creció al mismo ritmo que la cotización del dólar, consolidándose, paralelamente, como el cultivo que mayor cantidad de recursos monetarios demandaba por unidad de superficie: sus costos de producción rondaban, en 2002, los U\$S 227/ha, contra los U\$S 80-112/ha de la soja (ROFMAN et al, 2008, p. 112-114; VALENZUELA, 2004, p. 212), a igualdad de precios en el mercado internacional (U\$S 240/tn). Si la crisis de la industria textil doméstica -severamente perjudicada por las importaciones de tejidos brasileños y chinos, que satisfacen la quinta parte del consumo nacional- y el deteriorado poder adquisitivo de la población desalentaban, en el plano interno, la producción aldonera, otras variables, como la caída de las exportaciones a Brasil -en sostenida merma luego de la devaluación del real- (GÓMEZ LENDE, 2012, p. 97), el riesgo-precio -la inestabilidad del algodón en el mercado interno derivada de las oscilaciones de la cotización internacional-, la limitada información a la que accede el productor en cuanto a la evolución de los precios, y los elevados rendimientos requeridos para garantizar un umbral mínimo de rentabilidad -1.500 kg/ha, raramente alcanzados en circunstancias históricas mucho más ventajosas que las aquí analizadas- (ROFMAN et al, 2008, p. 114;), acabaron de convertir al algodón en una opción decididamente 'irracional', instando a los grandes y medianos productores a adoptar una lógica asociada a la reconversión sojera.

Obligado a reorganizarse para no ser completamente eclipsado por la fiebre sojera, el circuito aldonero del noreste argentino emprendió un sistemático proceso de racionalización, cuyas diversas dimensiones -social, técnica, productiva y territorial- reconocen múltiples aristas -concentración de la tierra, integración vertical de la cadena productiva, nuevos agentes sociales, desaparición de actores tradicionales, crisis del sector cooperativo, tecnificación y cientificación del trabajo agropecuario, etc-, las cuales se hallan íntima y solidariamente

relacionadas. Si bien -de acuerdo a datos emanados del último Censo Nacional Agropecuario (2002)- el 49,2% de las explotaciones agropecuarias chaqueñas no superaba las 100 has, las grandes fincas - con superficies de 1.000/3.000 has- daban cuenta del 25,2% de las explotaciones y del 74,9% del área implantada (ARGENTINA, 2005); el importante peso ganado por las unidades productivas de más de 200 has constituía un fenómeno inédito, al igual que la crisis generalizada de las pequeñas explotaciones (de hasta 25 has), que redujeron ostensiblemente su número respecto de 1960 -de 16.800 a 4.500 unidades- y su participación relativa sobre la superficie aldononera provincial -del 50% al 18%- (SLUTZKY, 2011, p. 265).

Emblemas de la agricultura capitalista empresarial, las grandes fincas proveen de fibra al mercado nacional o son exportadoras directas, siendo explotadas por empresas de reciente incorporación a la actividad aldononera, como Unitec Agro -conglomerado de firmas armenias, marroquíes, venezolanas, chinas y el grupo económico argentino Eurnekián- y la australiana Liag, firmas aceiteras, *pools* de siembra -AFJP's e inversores individuales que arriendan los campos de pequeños/medianos productores endeudados- y nuevas desmotadoras privadas - que, integrando verticalmente el circuito productivo, incursionan en la producción agrícola para asegurarse un abastecimiento programado y una recepción ordenada de la materia prima, y así reducir tanto sus costos cuanto la ociosidad del parque de maquinarias (ROFMAN, 2000, p. 191)-. Siempre estrechamente ligados al auge exportador, esos actores son responsables de que -pese a la pérdida de posiciones en el mercado internacional del algodón- las remesas al exterior dejaran de representar el 23% para absorber el 77% de la producción.

Obediente a las estrategias de concentración y centralización de tierras y capital, la integración vertical hacia atrás de la cadena productiva fue desarrollada por las nuevas desmotadoras privadas en el marco de la profunda crisis del sector cooperativo. Operando vía el anticipo al productor de parte del valor de comercialización de la fibra desmotada -permitiéndole así obtener recursos para la subsistencia, sus costos de producción e incluso su eventual endeudamiento-, las cooperativas dependían, en tal sentido, de los préstamos otorgados por el sistema bancario, tanto privado como -sobre todo- público. Sin embargo, la virtual desaparición del crédito oficial por parte del Banco de la Provincia del Chaco y las restricciones de acceso al crédito bancario privado nacional -elevadas tasas de interés, exigencia creciente de garantías- debilitaron sensiblemente la función de las cooperativas: su participación sobre la industrialización de la fibra cayó desde el 42,7% en 1990 hasta el 24,3% en 1996, reduciéndose todavía más durante el ciclo de bonanza aldononera -13% en 1998- (ROFMAN, 2000, p. 204; VALENZUELA, 2009, p. 16); en años recientes -una vez superado el momento más álgido de la crisis-, las cooperativas sólo recibían el 20% de las cosechas.

Otrora un actor social significativo, la figura del 'bolichero' prácticamente ha desaparecido, como resultado de la crisis del sector cooperativo y el avance de la integración vertical del circuito: quedando relegado a las áreas agrícolas marginales, ese agente fue reemplazado por el corredor particular ('comisionista') que adquiere la producción a cosecha futura -adelantando parte del pago- o una vez culminada ésta, para luego venderla a granel, y también por acopiadores estrechamente vinculados a hilanderías, tejedurías, desmotadoras privadas e, incluso, algunas firmas comercializadoras de insumos agrícolas; así pues, la llegada y consolidación de los nuevos agentes hegemónicos -vectores de una racionalidad superior, vertical- ha determinado la irracionalidad de la permanencia de actores más antiguos.

Orientadas a convertirse en islotes luminosos de la agricultura científica globalizada de exportación, las grandes fincas prosperan gracias a la incorporación de tres variables intrínsecas a la crono-expansión de la frontera agropecuaria: la transgénesis, la siembra directa y la cosecha mecanizada. Introducido en el mercado doméstico por Genética Mandiyú - subsidiaria de la firma norteamericana Monsanto-, y reproducido en provincias como Catamarca y Chaco a partir de acuerdos de cooperación entre el INTA, Monsanto y Delta & Pine Land (SILVEIRA, 2003, p. 88), el algodón Bt se esparce rápidamente en los campos aldononeros; se trata de una variedad derivada de un proceso de ingeniería genética, que consiste en inocular en las simientes el gen de una bacteria (*Bacillus thuringiensis*) que produce toxinas proteicas letales para varios grupos taxonómicos de insectos, entre ellos lepidópteros como las orugas del capullo y la hoja del aldononero. Si bien en 1998 el algodón Bt representaba apenas el 0,7% de la superficie sembrada en la provincia, el último Censo Nacional Agropecuario revelaría, años más tarde, que se hallaba presente en el 10% del área -

el 90% restante correspondía a variedades convencionales como Guazuncho II y Porá, desarrolladas por el INTA-; en 2002, el algodón Bt ya ocupaba más de la quinta parte de la superficie algodонера, en parte gracias a sus características autógamias -puede ser reproducido por el agricultor a partir de su propia cosecha, sin perder las cualidades originales ni requerir la adquisición de nuevas simientes- (ROCA, 2003, p. 5; SLUTZKY, 2011, p. 273). Según este último autor, casi la mitad (41%) de la superficie implantada con algodón transgénico correspondía a 139 fincas de más de 200 has, en las cuales se verificaban rendimientos de 1.420 kg/ha -los cuales, en promedio, rebasaban en 997 kg/ha a la media (con fluctuaciones de 216 a 1.252 kg/ha)-: la adopción del algodón Bt les reportaba beneficios adicionales de \$ 65,05 por hectárea.

El paradigma de la siembra directa se afianzó: en 2002 sólo el 3,4% del área algodонера chaqueña había sido laborada bajo ese sistema (GÓMEZ LENDE, 2012, p. 99), pero actualmente esos guarismos ascienden al 10%; esto coadyuva, ciertamente, al significativo descenso de los costos de producción respecto de la siembra convencional, especialmente en lo que atañe al costo laboral -se requieren 8 jornales/has, en vez de 25 jornales/ha, lo cual implica una reducción del 66,1%- y, en menor medida, a los gastos de implantación/protección (9,3%) (SLUTZKY, 2011, p. 272). Otro hito de la tecnificación del trabajo agrícola es el riego mecanizado. Chaco y Formosa siempre han integrado la tradicional área de secano, pero a partir de 1996 la frontera agrícola se desplazó hacia áreas semiáridas; son los nuevos *fronts*, desde un principio claramente diferenciados de los antiguos *belts* algodoneiros: nacen ya como explotaciones intensivas tecnificadas y científicas que, al conjugar la siembra directa de semillas de alto rendimiento importadas desde Estados Unidos, la irrigación vía modernos sistemas por aspersión de pivote central y la adopción de la cosecha mecanizada, protagonizan un nuevo episodio de crono-expansión de la frontera agrícola; esto les permite obtener una producción de calidad y rindes muy superiores y, paralelamente, revelarse como áreas de elevada productividad espacial, al disputar posiciones en el mercado mundial con Israel y Australia.

Los casos más emblemáticos son los de Laguna Yema (Formosa), donde se emplaza -erigido gracias a fondos públicos- el proyecto de riego mecanizado más grande del país, y la frontera chaco-santiagueña, donde los costos de producción del algodón se sitúan entre los más bajos del mundo (AACREA, 2004). En las grandes fincas chaqueñas verticalmente integradas, el equipamiento, la maquinaria y los tractores con tecnología de avanzada, y la adquisición de agroquímicos directamente en fábrica (VALENZUELA Y SCAVO, 2011, p. 104), operan generando amplias economías de escala que, en solidaridad con el aumento de la densidad de los cultivos, los más rigurosos controles de plagas, la adopción de reguladores de crecimiento y defoliantes, la siembra de variedades transgénicas de alto rendimiento y la concentración de la tierra, permiten el imperio de una racionalidad vertical ligada a la científización y globalización del trabajo local. Otros grandes agricultores -no integrados verticalmente- complementan esa tecnificación de sus prácticas agrícolas con su integración institucional al sector cooperativo, manteniéndose, de ese modo, relativamente informados acerca de las coyunturas internacionales, y ostentando una capacidad de negociación superior a la de otros agentes.

Se asistió, asimismo, a la acelerada mecanización de la cosecha del algodón. Insinuado durante la década de 1980 y desarrollado desde comienzos del siguiente decenio, este proceso supuso una violenta ruptura del esquema social y productivo preexistente, pues operó reestructurando ostensiblemente las pautas de funcionamiento del circuito. Las cosechadoras mecánicas, equipadas con GPS, *software* mapeador y monitores instantáneos de rendimiento, se constituyeron en un ariete de la modernización regional del trabajo agrícola; entre 1988 y 2002, el número de unidades en los campos chaqueños aumentó vertiginosamente: pasó de 26 a 281 (ARGENTINA, 1993; 2005) -creció un 980,8%-. No obstante, ese parque es, en verdad, mucho mayor al registrado por las fuentes oficiales, en virtud de la existencia de un extenso sector de contratistas de maquinaria que prestan servicios de cosecha mecanizada (SLUTZKY, 2011, p. 265): así pues, la cosecha exclusivamente mecánica se hallaba presente en apenas el 4,3% de las explotaciones algodoneiras -privilegiando a aquellos campos cuya superficie superaba las 300 has-, pero representaba alrededor del 70% de la producción (GÓMEZ LENDE, 2012, p. 100).

Obediente al nuevo paradigma de la agricultura científica globalizada, la rápida difusión territorial de las cosechadoras mecánicas se debió a su más amplia capacidad operativa -su

ritmo de recolección es 100 veces más rápido que el del trabajo manual (10.000/12.000 kg/día contra 1.000/1.500 kg/día)-, y a la imperiosa necesidad de reducir costos laborales; la 'desregulación' del sector algodonero, que dejó a éste absolutamente desprotegido frente a un mercado internacional liderado por producciones altamente competitivas, tecnificadas y subsidiadas, impulsó a los grandes y medianos agricultores a identificar a la contratación de fuerza de trabajo estacional para la cosecha como uno de los factores determinantes -junto a la caída de los precios- de la erosión de su rentabilidad: en efecto, la zafra manual exigía 40,0 jornales/ha, contra los 11,1 jornales/ha de la recolección mixta y los 1,2 jornales/ha de la cosecha mecanizada (SLUTZKY, 2011, p. 386). Otrora, la cosecha manual del algodón demandaba enormes contingentes de fuerza laboral, tanto chaqueña -población indígena, minifundio familiar, población rural sin trabajo estable proveniente de los obrajes forestales, pequeños productores- como proveniente de Santiago del Estero, Corrientes y Salta. Según diversos cálculos, la mecanización de esa etapa del ciclo agrícola determinó que los braceros efectivamente reclutados para tal propósito disminuyeran su número de 123.000/85.000 a 50.000/15.000 (SLUTZKY, 2011, p. 267). El imperio de la métrica mercantil de la reducción de costos a ultranza, desarticula el acontecer homólogo y complementario históricamente forjado en derredor de la zafra algodonera.

Otro extremo del complejo abanico de situaciones del circuito algodonero del noreste argentino es encarnado por campesinos, minifundistas y pequeños productores. Solidaridades orgánicas, horizontales, los configuran en resabios históricos -vestigios o relictos pretéritos- de un sector productivo obligado a racionalizarse -verticalizarse- para sobrevivir en un contexto internacional adverso, y en un territorio conquistado por la soja transgénica; lejos de acceder a los parámetros científico-técnicos de la modernidad actual, esos agentes enfrentan severas dificultades tanto para continuar desarrollando esa función en condiciones aceptables de rentabilidad, cuanto para reconvertirse hacia actividades más redituables (racionales). Su inserción en la cadena de acumulación es extremadamente frágil y endeble: de hecho, se estima que aproximadamente la mitad de los minifundistas y la tercera parte de agricultores algodoneros del Chaco son intrusos en las tierras que explotan, generalmente de propiedad fiscal (ROFMAN, 2000, p. 181). Endeudados, y dependientes de canales no-institucionales ligados al trueque (VALENZUELA, 2000, p. 158), esos pequeños productores obtenían en 2006 apenas \$21/ha, y guarismo absolutamente irrisorio ante los \$150/ha y los \$343/ha obtenidos por los medianos y grandes agricultores, respectivamente -un 614,2% y un 1.533,3% por debajo de aquellos-; esto determinaba que sus ingresos rara vez superaran los \$400 mensuales (ROFMAN et al, 2008, p. 113) por todo concepto -cultivo de algodón y desarrollo de actividades extra-prediales-.

Operando, generalmente, ligados a los pequeños acopiadores o 'bolicheros' -que persisten en el área oriental chaqueña y gran parte de Formosa (donde el régimen de lluvias imposibilita la cosecha mecanizada), y que posteriormente venden su producción a los intermediarios de desmotadoras e hilanderías particulares-, los minifundistas no pueden acceder al crédito, en virtud de su precario régimen de tenencia de la tierra, su descapitalización y sus -casi insalvables- dificultades para regularizar su situación fiscal ante los Estados nacional y provincial; el costo prohibitivo de las semillas Bt y otros insumos, los virtualmente inaccesibles nuevos paquetes tecnológicos ligados a la soja transgénica y sus limitadas extensiones de tierra -que les impiden rotar cultivos y diversificar su base agrícola-, los condenan a permanecer indefinidamente en el circuito algodonero tradicional (ROFMAN et al, 2008, p. 118; VALENZUELA y SCAVO, 2009, p. 417-418), obligándolos, además, a insertarse en circuitos informales que perpetúan su reproducción por debajo del umbral de subsistencia.

La zafra llevada a cabo por estos agricultores es exclusivamente manual, método predominante en el 92,3% de los campos chaqueños de algodón y en casi la totalidad de las plantaciones formoseñas (ARGENTINA, 2005). Sin embargo, cabe efectuar una aclaración: si en los campesinos las razones de esta elección residen en la obvia carencia de recursos para afrontar el costo del nuevo modelo de agricultura moderna -optando, en la época de cosecha, por la auto-explotación de la fuerza de trabajo familiar-, en el caso de los pequeños y medianos productores esto obedece a una lógica muy diferente: la cosecha mecanizada requiere condiciones técnicas específicas<sup>4</sup>, puede ocasionar pérdidas -la máquina no recolecta el 100%,

<sup>4</sup> La cosecha mecanizada sólo puede ser desarrollada cuando los cultivos han sido realizados en surcos de 52 cm como mínimo.

dejando a veces hasta 200 kg sin levantar-, y también mayores costos de desmote -por impurezas en la recolección-, afectando sensiblemente el margen de ganancias de estos agentes; la zafra manual, en cambio, implica la recolección "capullo por capullo", lo cual garantiza que las pérdidas sean prácticamente nulas, y el porcentaje de impurezas, mucho menor, pudiendo además ser aplicada en cualquier tamaño de explotación y tipo de suelo. Todo lo anterior determina que sea más 'racional' -para este segmento- pagar \$400/tn a un bracero que desembolsar \$300/tn para alquilar una máquina (SCAVO y VALENZUELA, 2011, p. 6).

Surge entonces la figura del contratista rural, que recluta cosecheros y los traslada a los campos, obteniendo así un doble beneficio: por un lado, se apropia de parte (10% al 12%) del jornal del bracero; por el otro, consigue imponer con relativa facilidad el precio de la zafra al agricultor, que está obligado a arribar rápidamente un acuerdo para evitar que el algodón quede demasiado tiempo en el capullo (VALENZUELA, 2009, p. 15). Obstando la permanente queja de los agricultores por la escasez de cosecheros y su elevado costo, la reproducción de estos últimos se realiza por debajo del umbral de subsistencia, en virtud de su ostensible pérdida de capacidad negociadora ante el auge de la recolección mecanizada: su inserción en el mercado es informal -la racionalidad del capital considera que los contratos estables son excesivamente onerosos (en virtud de la prolongada porosidad de la jornada laboral agrícola), razón por la cual los trabajadores carecen de aportes patronales, obra social y jubilación-; la modalidad de pago es a destajo -por volumen diario recolectado, lo cual obliga al trabajo infantil-; son obligados a adquirir sus alimentos en las mismas chacras -con precios abusivos, siendo despojados así de gran parte de su renumeración-; y sus condiciones de vida son precarias, especialmente en lo que atañe a vivienda, higiene y acceso al agua potable (SLUTZKY, 2011, p. 267).

Las economías campesinas, equipadas con bueyes y caballos, mochilas fumigadoras, arados de manquera y rastras de púas (ROFMAN, 2000, p. 209), parecen recrear, en pleno Siglo XXI, condiciones propias de inicios de la centuria anterior; configurada por un conjunto de sistemas de objetos y sistemas de acciones propio de otros tiempos, diseñan una irracionalidad que opera perpetuando las inercias del pasado (GÓMEZ LENDE, 2012, p. 100), pero que concomitantemente se subordina a los imperativos modernos de los actores más poderosos de la cadena de acumulación. Operando vía la auto-explotación de su fuerza de trabajo familiar, la debilidad estructural de los pequeños agricultores es capitalizada por los grandes productores, las desmotadoras e incluso las cooperativas, agentes que, en términos generales, se han convertido en sus proveedores de semillas, agroquímicos, insumos fraccionados y servicios de maquinaria; esto ha contribuido a reforzar, ciertamente, la marginalidad de los campesinos, minifundistas y pequeños productores en el seno del circuito de producción.

Su imposibilidad de acceder a semillas transgénicas de última generación obliga a los pequeños -e incluso a los medianos- productores a intercambiar cosecha por semillas y/o a utilizar un semillero propio derivado del desmote del algodón previamente comercializado, obteniendo así, para sembrar durante el siguiente ciclo agrícola, semillas no certificadas cuya calidad -en virtud de las reducidas tasas de germinación, la no-tolerancia a herbicidas y la pérdida de otras características propias de las semillas híbridas de las cuales se derivan- suele ser baja (VALENZUELA, 2009, p. 10; SLUTZKY, 2011, p. 273). Los pequeños agricultores tampoco cuentan con fluido acceso a los agroquímicos; como el costo de estos insumos es prohibitivo -son vendidos por las empresas en bidones cerrados y a precio fijado en dólares estadounidenses-, deben adquirirlos fraccionados a los grandes productores o a los acopiadores, a cambio de ceder temporalmente al proveedor un lote de su campo, o bien un porcentaje de la cosecha a obtener (VALENZUELA y SCAVO, 2011, p. 105). Surge así un mercado informal, que pergeña un cotidiano de solidaridades orgánicas, horizontales, y también irracionales para la reproducción del estrato más débil del circuito -pues tienden a reducir su exiguo margen de ganancia-.

Sin embargo, el campesino continúa aún inserto en el circuito algodonero, por limitación estructural y también por elección: por un lado, su nivel de endeudamiento, su edad y su escasa capacitación le impiden hacer uso de otras opciones; por otro lado, las menores exigencias climáticas del cultivo, el temor a los riesgos inherentes a la innovación -en virtud del escaso margen de error que permite la necesidad de asegurar la subsistencia familiar hasta la próxima cosecha- y otras razones culturales -reivindicación identitaria, mandato familiar,



enraizamiento o tradición territorial, etc<sup>5</sup> (VALENZUELA, 2009, p. 7; ROFMAN et al, 2008, p. 118) pergeñan un sistema de acciones horizontales, irracionales, que perpetúa su atadura a la actividad. Quienes, por el contrario, desistieron del algodón, debieron vender sus tierras y acabaron emigrando; por eso -y también como resultado de la mecanización de la cosecha-, en los últimos años se ha asistido al rápido vaciamiento demográfico del campo chaqueño: según datos censales, entre 1991 y 2001 expulsó a más de 68.000 personas (ARGENTINA, 2003).

Surgieron, pues, acciones públicas tendientes a sostener al eslabón más débil del circuito: la refinanciación de deudas; los subsidios públicos (nacionales y provinciales); el Plan de Desarrollo Sustentable y Fomento de la Producción Algodonera -que dio lugar a la creación del Fondo Algodonero Compensatorio, destinado a atenuar (vía financiamiento) los efectos de las bruscas oscilaciones negativas de los precios; la intervención del gobierno chaqueño en el mercado, que en 2006 permitió garantizar un precio mínimo a los productores y la opción de vender al Estado provincial; y fideicomisos para cubrir los costos de la siembra y la cosecha, eximiendo a los productores del riesgo de endeudamiento en caso de adversidades climáticas (VALENZUELA y SCAVO, 2011, p. 112). Sin embargo, estas iniciativas -inherentes a la construcción de una métrica burocrática preocupada por compensar o atenuar la exclusión generada por el mercado- apuntaron, como plantean esos mismos autores (SCAVO y VALENZUELA, 2011, p. 4), más a salvar la coyuntura que a instrumentar un plan integral de inclusión y diversificación productiva, centralizando sus beneficios en los medianos agricultores, y no en los pequeños productores y campesinos.

No obstante, y como resultado de las interdependencias forjadas entre las acciones públicas orientadas a proteger al sector, la recuperación parcial de la industria textil doméstica<sup>6</sup>, el reciente aumento de los precios internacionales de la fibra textil -a raíz de la estrategia china de reservar *stocks*, y también de las adversas condiciones climáticas que en 2011 afectaron significativamente las cosechas en Estados Unidos, China, Pakistán, Australia y Rusia (SLUTZKY, 2011, p. 275)-, y la caída del área sojera provincial (-10,2%), la superficie sembrada en Chaco con algodón aumentó un 206,4% entre 2003 y 2012<sup>7</sup>, alcanzando las 260.470 has (ARGENTINA, 2013). La resurrección algodonera, empero, fue limitada, quedando reservada a apenas algunos distritos, e incrementando los niveles de concentración territorial del cultivo: amén de superar la media provincial, sólo cinco departamentos -C. Fontana, 12 de Octubre, F. J. Santa María de Oro, 2 de Abril y Almirante Brown- acaparaban el 59,9% del área implantada -en 1997 y 2003, siete jurisdicciones daban cuenta del 55,5% y el 57,2%, respectivamente-; por el contrario, General Güemes, Libertad, Maipú, P. La Plaza y Sargento Cabral continuaron profundizando la retracción de la superficie algodonera. En Formosa, la soja aún avanza a expensas del algodón: entre 2007 y 2012, sus respectivas áreas variaron un 96,9% -6.095 has a 12.000 has- y un -18,3% -32.650 has a 26.500 has-.

Otro fenómeno a subrayar es el desplazamiento de la frontera algodonera hacia provincias vecinas; entre 2003 y 2012 la participación de Chaco sobre el área algodonera general cayó del 62,8% al 41,9%, y la de Formosa había hecho lo propio del 10,8% al 4,3%, caída que fue capitalizada por Salta -su participación relativa aumentó del 0,1% al 2,6%-, Santiago del Estero -del 25,0% al 28,4%- y, sobre todo, Santa Fe -del 5,4% al 23,1%- (ARGENTINA, 2013)<sup>8</sup>. Se acentúa, entonces, el proceso histórico de decadencia de algunos antiguos *belts* algodoneros

<sup>5</sup> Esa suerte de resistencia se observa incluso en el caso de los agricultores que arriendan sus campos a los productores sojeros: algunos, alquilan el 80% de la superficie, continúan residiendo en su predio y reservan una pequeña porción 'no negociable' (20/25 has) para el cultivo de algodón (VALENZUELA, 2009, p. 7).

<sup>6</sup> El consumo per cápita de fibra de algodón en Argentina era de 5,5 kg en la década de 1960, de 3/3,4 kg en los años 1995-99, y de 4,06 kg durante el quinquenio 2003-2007 (SLUTZKY, 2011, p. 263).

<sup>7</sup> Slutzky (2011, p. 262) explica que existe una relación precio/superficie sembrada en la que los valores de un periodo influyen directamente en el área implantada: a mayor precio en un año, mayor superficie sembrada al año siguiente y viceversa. Estas fluctuaciones, tan típicas del sector algodonero provincial, a menudo implican oscilaciones de 300.000 hectáreas o más (VALENZUELA Y SCAVO, 2011, p. 109).

<sup>8</sup> Se acentúa así una tendencia histórica: Chaco detentaba en 1990 el 71,4% del área algodonera argentina, guarismos que cayeron al 62,8% en 1997, al 53,7% en 2003 y al 41,2% en 2012; paralelamente, Santa Fe, que en 2003 poseía apenas 8.500 has implantadas, en 2012 contaba con 143.500 has (ARGENTINA, 2013).

y, paralelamente, la emergencia de nuevos *fronts* de cultivo en el noroeste, así como también el resurgimiento de otros viejos cinturones agrícolas en el noreste argentino.

## 5. CONCLUSIONES

Originado a comienzos del Siglo XX, y próspero hasta la década de 1960, el cultivo del algodón en el noreste argentino quedó sumido, en los albores del nuevo milenio, en un profundo letargo; de la mano de la 'desregulación' estatal del mercado, la apertura importadora y la exposición del sector a un competitivo (y adverso) contexto internacional, el imperio del neoliberalismo diseñó - junto a factores internos (inundaciones, plagas, endeudamiento, etc)- un marco de crisis estructural (casi terminal) para ese circuito productivo, agravado por la violenta irrupción del paradigma de la agricultura científica globalizada y el agresivo *boom* de la soja transgénica.

Si la soja -en tanto que actividad 'racional' a ultranza, vector de una lógica superior, vertical- ha encarnado desde entonces la presencia 'pura' del orden global en el territorio chaqueño y formoseño, el algodón se ha convertido en una opción 'irracional' para los grandes y medianos productores; algunos de los distritos algodoneiros de antaño -recientemente reconvertidos al paradigma sojero-, al devenir *locus* de los eventos del nuevo orden, se han configurado como áreas luminosas, rediseñadas por un acontecer jerárquico que hizo tabla rasa de la historia local y sus herencias espaciales: son espacios 'puros' de la agricultura científica globalizada, situados a la vanguardia de una crono-expansión de la frontera agropecuaria basada en la biotecnología y la siembra directa.

Obligado -en aras de su supervivencia- a ensayar una acelerada reorganización (social, técnica, productiva y territorial), el sector algodoneiro no es completamente 'irracional': por el contrario, expresa un rico mosaico de matices y solidaridades tanto verticales cuanto horizontales, resultante de la coexistencia de su globalización parcial y las inercias del pasado.

Emblemas de la agricultura capitalista empresarial, las grandes fincas y las nuevas desmotadoras privadas verticalmente integradas se reestructuraron exitosamente, concentrando tierras y capital, participando del auge exportador y adoptando tres datos de la moderna crono-expansión de la frontera agropecuaria: transgénesis (algodón Bt), siembra directa y cosecha mecanizada; propiciando la sustitución masiva de fuerza de trabajo por capital, coadyuvando a la crisis del sector cooperativo y a la virtual desaparición de actores tradicionales (como el 'bolichero'), y desarticulando el tejido socio-territorial (el acontecer homólogo) históricamente construido en derredor de la reproducción de una función agrícola antigua, esas verticalidades forjan áreas de elevada productividad espacial, islotes luminosos de la agricultura científica globalizada de exportación, nuevos espacios de la racionalidad derivados de la acumulación de un mayor contenido de capital, tecnología y organización.

Obediente a temporalidades y valoraciones no-hegemónicas del trabajo colectivo, en el resto del circuito algodoneiro chaqueño y formoseño predomina un cotidiano horizontal, formado por campesinos, minifundistas y pequeños productores absolutamente ajenos a la modernidad actual, y fuertemente limitados tanto para continuar desarrollando esa función en condiciones aceptables de rentabilidad, cuanto para reconvertirse a actividades más redituables ('racionales').

Solidaridades orgánicas entabladas entre la precariedad de la tenencia de la tierra, las reducidas superficies de cultivo, la imposibilidad de acceder al crédito (o sus altos niveles de endeudamiento), su bajo nivel educacional, la imperiosa necesidad de garantizar la subsistencia del grupo familiar, y el apego al pasado y la tradición (temor al cambio y la innovación, mandato familiar, reivindicación territorial e identitaria), obligan a estos actores no sólo a perpetuar una actividad no-moderna, sino también a continuar desarrollándola bajo pautas y prácticas obsoletas (siembra tradicional, recolección manual, venta a 'bolicheros'): es lo 'irracional' (formas antiguas), enquistándose dentro de lo 'irracional' (una función marginalizada). Su supervivencia depende de su inserción en circuitos informales, y de políticas públicas intervencionistas/redistributivas que diseñan una métrica burocrática ineficaz, pues no garantiza una reproducción digna de sus condiciones de existencia. Son los emergentes de estructuras venidas del pasado, de espacios letárgicos u opacos derivados de la ausencia de nexos organizacionales y el desinterés estatal por los nexos orgánicos locales.

## BIBLIOGRAFÍA

- AACREA. Algodón. Agroalimentos argentinos. **Crea**, Buenos Aires, n. 8., 2004. Disponible en: <<http://www.aacrea.org.ar/index.php/libros/97-agroalimentos/133-agroalimentos-argentinos>>. Acceso en: 22 dic. 2007.
- APARICIO, Susana. Trabajos y trabajadores en el sector agropecuario de la Argentina. In: GIARRACA, Norma; TEUBAL, Miguel. (Coord.). **El campo argentino en la encrucijada. Estrategias y resistencia sociales, ecos en la ciudad**. Buenos Aires: Alianza, 2005. p. 193-221.
- ARGENTINA. **Censo Nacional Agropecuario 1988. Resultados definitivos por provincias y departamentos**. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos, 1993. 683 p.
- ARGENTINA. **Censo Nacional 2001 de población, hogares y viviendas. Resultados definitivos, por provincias y departamentos**. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos, 2003. 25 CD-ROM.
- ARGENTINA. **Censo Nacional Agropecuario 2002. Resultados definitivos por provincias y departamentos**. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadística y Censos, 2005. Disponible en: <<http://www.indec.mecon.gov.ar>>. Acceso en: 20 nov. 2005.
- ARGENTINA. **Estadísticas agrícolas, por cultivos, campañas, provincias y departamentos**. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, 2013. Disponible en: <<http://old.sii.gov.ar/index.php/series-por-tema/agricultura>>. Acceso en: 10 ab. 2013.
- BORÓN, Atilio. La sociedad civil después del diluvio neoliberal. In: SADER, Ernesto; GENTILI, Pablo. (Comp.). **La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social**. Buenos Aires: Universidad Nacional de Buenos Aires, 1997. p. 45-87.
- BRUNIARD, Enrique. El Gran Chaco Argentino (ensayo de interpretación geográfica). **Geográfica**, Resistencia, n. 4, p. 1-259, 1976.
- CARLINO, Alicia. Telares chaqueños: una historia de compromiso territorial. **Revista de la Facultad de Ciencias Económicas**, Resistencia, n. 3, 2004. Disponible en: <<http://eco.unne.edu.ar/revista/03/03.pdf>>. Acceso en: 21 ab. 2013.
- GÓMEZLENDE, Sebastián. Orden global, ¿orden irracional? Agricultura de exportación, devastación de bosques nativos y crisis socio-ambiental en Argentina. **Ensayos e Investigaciones Geográficas**, Formosa, n. 7, año VII, p. 37-52, 2009.
- GÓMEZLENDE, Sebastián. El campo como híbrido de racionalidad e irracionalidad: tres estudios de caso acerca de la modernización del medio rural en Argentina. **Caderno de Geografía**, Belo Horizonte, v. 22, n. 38, p. 88-115, 2012.
- GUILLAUME, Marc. **Le capital et son double**. París: Presses Universitaires de France, 1975. 384 p.
- MANZANAL, Mabel; ROFMAN, Alejandro. **Las economías regionales de la Argentina. Crisis y políticas de desarrollo**. Buenos Aires: CEUR-Centro Editor de América Latina, 1989. 270 p.
- MARX, Karl. **El Capital**, T I y III. México, D. F: Fondo de Cultura Económica, 1980. 388 p.
- ROCA, Cecilia. **Impacto económico de la soja y el algodón transgénicos en Argentina**. Buenos Aires: ArgenBio, 2003. Disponible en: <<http://www.argenbio.org/adu/uploads/pdf/impacto-economico.pdf>>. Acceso en: 18 jun. 2007.
- ROFMAN, A. Economías regionales. Modernización productiva y exclusión social en las economías regionales. **Realidad Económica**, Buenos Aires, n. 162, p. 107-136, 1999.
- ROFMAN, Alejandro. **Desarrollo regional y exclusión social. Transformaciones y crisis en la Argentina contemporánea**. Buenos Aires: Amorrortu, 2000. 442 p.
- ROFMAN, Alejandro et al. Subordinación productiva en las economías regionales de la posconvertibilidad. **Realidad Económica**, Buenos Aires, n. 240, p. 97-132, 2008.
- SANTOS, Milton. **Pensando o espaço do homem**. São Paulo: Hucitec, 1982. 90 p.
- SANTOS, Milton. **A natureza do espaço. Técnica e tempo, razão e emoção**. São Paulo: Hucitec, 1996a. 257 p.

- SANTOS, Milton. **De la totalidad al lugar**. Barcelona: Oikos-Tau, 1996b. 124 p.
- SANTOS, Milton. **Por uma outra globalização. Do pensamento único à consciência universal**. Rio de Janeiro-São Paulo: Record, 2000. 175 p.
- SANTOS, Milton; SILVEIRA, María Laura. **O Brasil. Território e sociedade no início do século XXI**. Rio de Janeiro-São Paulo: Record, 2001. 473 p.
- SCAVO, Ángel; VALENZUELA, Cristina. Principales limitaciones operativas de los pequeños y medianos productores algodoneros chaqueños en 2010. In: JORNADAS DE INVESTIGADORES DE LAS ECONOMÍAS REGIONALES, 4., 2011, Concordia. 1CD-ROM.
- SILVEIRA, María Laura. **Um país, uma região. Fim de século e modernidades na Argentina**. São Paulo: LABOPLAN-USP, 1999. 473 p.
- SILVEIRA, María Laura. **Argentina: território y globalização**. São Paulo: Brasiliense, 2003. 115 p.
- SILVEIRA, María Laura. Globalización y territorio usado: imperativos y solidaridades. **Cuadernos del CENDES**, Caracas, v. 25, n. 69, p. 2-19, 2008.
- SLUTZKY, Daniel. **Estructura social agraria y agroindustrial del nordeste de la Argentina: desde la incorporación a la economía nacional al actual subdesarrollo concentrador y excluyente**. Buenos Aires: IADE, 2011. 447 p.
- VALENZUELA, Cristina. Minifundios, monocultivo e inundaciones. Una visión geográfica de los problemas agrícolas chaqueños en el siglo XX. **Revista de Geografía Norte Grande**, Valparaíso, n. 27, p. 147-161, 2000.
- VALENZUELA, Cristina. Escalas de impacto diferencial de la dinámica del sector agrícola argentino en el Chaco (1998-2004). **Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía**, Tandil, año V, n. 5, p. 191-221, 2004.
- VALENZUELA, Cristina. Procesos de agudización de desequilibrios territoriales. La consolidación de esquemas productivos duales en el sector agrícola del Chaco entre 1994 y 2004. In: **Seminario internacional de la red iberoamericana de investigadores sobre globalización y territorio**, 9., 2006, Bahía Blanca. 1CD-ROM.
- VALENZUELA, Cristina. Conflictos y resistencias locales en procesos de reestructuración productiva de territorios marginales. El sector algodonero Chaqueño en los últimos 10 años. In: **ALASRU Congreso latinoamericano de sociología rural, América latina: realineamientos políticos y proyectos en disputa**, 8., 2009, Porto de Galinhas. 1CD-ROM.
- VALENZUELA, Cristina; SCAVO, Ángel. La resistencia de la agricultura familiar tradicional en el Chaco, Argentina. **Economía, Sociedad y Territorio**, México D. F., v. IX, n. 30, p. 397-433, 2009.
- VALENZUELA, Cristina; SCAVO, Ángel. Reestructuración productiva, asociativismo y diversificación. El proyecto de los consorcios productivos en el sector agrícola chaqueño. **Pampa: Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales**, Santa Fe/Montevideo, n. 7, p. 95-120, 2011.
- VALENZUELA, Cristina; MARI, Oscar; SCAVO, Ángel. Persistencias y transformaciones del sector algodonero tradicional en la provincia del Chaco en la Argentina. **Revista Universitaria de Geografía**, Bahía Blanca, v. 20, n. 1, p. 117-150, 2011.